

## LA MASCOTA DEL TITANIC

Manuel Osuna (Asomado)

**14 de abril de 1912**

Procurando disimular su nerviosismo, el marinero atravesó el salón restaurante y se dirigió a la mesa del capitán, interrumpiendo la cena de gala para informarle de que el segundo de a bordo reclamaba urgentemente su presencia. Edward John Smith se excusó ante sus millonarios y aristocráticos pasajeros y acompañó al azorado muchacho.

Aquella noche las aguas del Atlántico Norte estaban en calma y la visibilidad era impecable, por lo que al capitán le costaba imaginar un motivo de tal gravedad que obligara a dejar plantado a lo más granado de la sociedad británica y americana. A menos que se estuviera hundiendo el buque, circunstancia impensable navegando en el insumergible *Titanic*.

—Se trata del perro de los señores Wanderbright —le adelantó el joven.

—¿Un perro? —se asombró Smith—. ¿Ese es el asunto tan urgente?

—El animal ha atacado a su dueño —amplió el chico la información mientras subían por la escalinata principal—. El oficial Wilde y el doctor O'Loughlin han insistido en que debe usted ver lo sucedido.

Enseguida llegaron al pasillo de primera clase y se dirigieron presurosos al camarote A-16. Nada más entrar en la lujosa suite, encontraron los majestuosos muebles patas arriba y los paneles de pino blanco salpicados de sangre. El mayordomo de la acaudalada pareja yacía de costado sobre la alfombra persa y el señor Wanderbright se encontraba en la cama, delirando a causa de la fiebre y con una cruenta herida en la pierna que el doctor O'Loughlin intentaba comprimir con una gasa.

La enojada señora Wanderbright gemía sentada en un butacón de caoba, mientras en el interior del cuarto de baño se oían arañazos y constantes ladridos.

—Capitán, el perro de los señores se ha vuelto loco —habló el oficial Henry Wilde—. Ha mordido brutalmente al mayordomo cuando este intentaba darle de beber.

Smith se fijó en la mano derecha del sirviente. Faltaban dos dedos arrancados de cuajo.

—¿Qué hacía el animal dentro del camarote? —inquirió. La pregunta era pertinente, pues las mascotas de los ricos pasajeros tenían su propia área e incluso un miembro de la tripulación se encargaba de pasearlos.

—Fue deseo mío —intervino la dama con voz quebrada—. Mi pequeñín estaba malito, un chucho pulgoso lo arañó en el muelle de Southampton. Estuvimos a punto de no embarcar, y si lo hicimos fue porque se me prometió poder cuidarlo personalmente. ¡No sé qué le ha podido pasar, mi *Jumbar* no es agresivo!

Nuevos ladridos tras la puerta del baño contradijeron su comentario.

—El señor Wanderbright medió en el ataque y consiguió encerrar al animal —continuó el oficial jefe relatando los hechos—. Sin embargo, poco después fue el propio sirviente quien perdió la cordura y se lió a dentelladas con su señor. —El capitán hubiera apostado su barba a que no había escuchado bien. ¿Primero muerde el perro y luego el hombre?—. Nosotros acudimos alertados por el disparo.

—Tuve que utilizar el arma que guardaba mi esposo —confesó entre sollozos la mujer—. Créanme que actué en defensa propia. ¡Ese desquiciado rugía como un demente! ¡Quería matarnos!

El doctor O'Loughlin volteó el cadáver para mostrar a Smith el tiro en la frente.

—Capitán, la situación es complicada —advirtió el médico poniéndose en pie—. Si el señor Wanderbright sobrevive a la hemorragia, debe ser atado por seguridad. Mucho me temo que nos encontramos ante un caso de rabia. Pero para confirmar mis sospechas me gustaría examinar al animal.

Decidieron entonces abrir el baño, eso sí, manteniéndose en guardia con revólver en mano.

Al verse liberado, el pequinés cesó sus roncós ladridos y asomó su redonda cabezota. Observó tranquilamente a los humanos con unos enormes ojos negros que flanqueaban su chata nariz. Aunque de su boca colgaban unos sanguinolentos hilos de babas, su blanco pelaje continuaba exquisitamente cepillado.

—¡*Jumbar*, bonito! —Se abalanzó su dueña a tomarlo en brazos.

El imprudente acercamiento no pudo tener peores consecuencias, porque en cuanto el cachorro se vio aupado, aprovechó para hundir sus dientes en la garganta de la mujer. Perro y dueña se enzarzaron en un grotesco baile por la habitación, con la horrorizada dama tambaleándose y chillando mientras el furioso animal la abrazaba sin despegar la mandíbula del cuello.

Nadie se atrevió a disparar por temor a dañar a la señora Wanderbright, que finalmente chocó con la descalzadora, perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo, momento en el que *Jumbar* salió despedido. La peluda bola con patas rodó hasta el balcón de la terraza privada.

—¡Deténganlo! —gritó el doctor, alarmado.

El capitán y el jefe de oficiales salieron rápidamente al exterior, pero el rabioso pequinés ya correteaba por el pasamanos de la barandilla en dirección a proa. Al llegar a la altura de la primera chimenea, el cachorro saltó con gran agilidad a la cubierta inferior y desapareció.

—¡Hay que detenerlo —insistió desesperado el médico—, antes de que la rabia se extienda entre los pasajeros!

Smith dio instrucciones al oficial Wilde para organizar un exhaustivo rastreo del buque y localizar con prontitud al animal infectado, actuando, por supuesto, con la mayor discreción posible. Sin embargo, las repentinas convulsiones de la dama agredida aconsejaron ocuparse primero de los Wanderbright, quienes a pesar de la gravedad de sus heridas, sorprendentemente comenzaban a incorporarse salivando con los ojos inyectados en sangre. Nada que una maciza lámpara de bronce, ideal para machacar cráneos, no pudiera solucionar.

—Hagan lo mismo con ese maldito perro —ordenó el capitán—. Esta situación no se nos puede escapar de las manos.

*Jumbar* deambulaba por los pasillos del transatlántico evitando el contacto con cualquier ser humano. Su inflamado cerebro, rebosante de virus, simplemente pedía no ser molestado. Empujó una puerta giratoria, atravesó el salón de lectura y esquivó a un par de indiscretas camareras empeñadas en saber si se había extraviado. Tras mear en una lujosa maceta con palmeras, correteó para colarse en un ascensor a punto de cerrar. Dentro de la cabina bajaban una joven pareja y el uniformado ascensorista.

—¡Hola! —le saludó con voz melosa la chica pelirroja—. ¡Mira, Jack, qué monada!

—¿Ves? Este es otro rey del mundo —contestó su imberbe acompañante—. Ahí lo tienes: deseando ser libre y vivir el momento sin preocupaciones.

Rose acercó su delicada mano al lomo del pequinés.

—¿Te has perdido, precioso? —Lo acarició—. ¿Tienes hambre?

Varias dentelladas más tarde, el elevador se abrió en la cubierta E y los pasajeros que aguardaban su llegada retrocedieron horrorizados cuando el ascensorista se abalanzó sobre ellos gruñendo y con paso torpe. Tras él, Jack y Rose babeaban, aunque no precisamente por amor.

El ensimismado pequinés ignoró la espantada y continuó su solitaria andanza en busca de tranquilidad. Para su disgusto, la escalerilla por la que bajó lo condujo a una cantina donde se celebraba una bulliciosa fiesta irlandesa. Envueltos en un espeso humo, los animados pasajeros de tercera clase bebían cerveza y bailaban al son de violines, gaitas y acordeones. La machacona danza obligaba a las parejas a cruzarse entrelazando los brazos, saltando y zapateando sin parar. Cuando uno de los exaltados bailarines, en su frenética y descontrolada coreografía, le dio un pisotón a *Jumbar*, el irascible animal emitió un agudo quejido y, cabreado, descargó furiosos zarpazos y mordiscos a todos los tobillos que le obstaculizaban el paso. La música pronto cesaría para dar paso a una sinfonía de chillidos de dolor. Minutos más tarde, los asustados viajeros huían atropelladamente de aquellos camaradas que rugían y echaban espumarajos por la boca.

Su impetuosa estampida, sin embargo, terminó dándose de bruces contra las verjas que prohibían el paso a las dependencias de primera clase. Los enjaulados pasajeros gritaban histéricos, suplicando tras las rejas que les dejaran subir a cubierta. Con la sangre más fría que las heladas temperaturas del Atlántico, los marineros encargados de contener a las fieras se mantuvieron impassibles ante las embestidas. Tenían orden expresa del oficial Wilde de mantenerlos a raya, incluida autorización para utilizar los revólveres si fuera necesario.

El reloj marcaba las 11:30 cuando fue convocada una reunión de urgencia en el puente de mando. Aunque hasta ahora obraban con cautela para no desatar el pánico colectivo, el capitán informó a sus oficiales de la situación sin paños calientes.

—De momento los infectados están aislados en los compartimentos de tercera clase. Pero no podemos descartar que haya

alguien más contagiado en los niveles superiores. Y el perro continúa sin ser localizado.

El señor Bruce Ismay, presidente de la naviera, había sido sacado de entre las sábanas y se hallaba también en la sala con un abrigo sobre su pijama.

—¿Cómo es posible que fallaran las precauciones sanitarias? —criticó el directivo—. ¿No se despiojó a los inmigrantes antes de embarcar? ¿Por qué no se actuó de igual forma con los chuchos?

La respuesta era evidente. Suponía una grave ofensa dudar de la salubridad de los banqueros, empresarios y aristócratas que viajaban en el barco, incluyendo las personas a su servicio y los animales de compañía.

—Lo verdaderamente extraordinario y preocupante es la rapidez con que este tipo de rabia se transmite entre humanos —explicó el doctor O'Loughlin—. Una vez la saliva entra en contacto con la sangre, en cuestión de segundos desarrollan la enfermedad. Nunca en mi vida profesional he visto nada parecido —añadió.

—La prioridad ahora mismo es proteger a los pasajeros sanos —subrayó el capitán Smith—. Y atajar el problema antes de arribar a nuestro destino. Si llegamos en tan peligrosas condiciones, cometeríamos un atentado contra la salud pública.

Todos los presentes asintieron. Comprendían la irresponsabilidad de atracar en Nueva York con un buque lleno de rabiosos. Al igual que en la Edad Media la peste llegó a Europa en un barco cargado de ratas, provocando el exterminio de un tercio de la población; ellos podrían ser los culpables de una nueva epidemia que asolará el continente americano. El transatlántico más grande y lujoso jamás construido se había convertido también en el mayor foco de infección de todos los tiempos.

—Murdoch, ¿hay posibilidad de desembarcar en algún punto cercano? —intentó Smith agotar todas las opciones.

—¿Cercano? —respondió extrañado el oficial—. Estamos en medio del Atlántico, señor. Incluso poniendo rumbo a Cabo Race y manteniendo la velocidad máxima de veintitrés nudos no tocaríamos tierra antes de dos días.

—¡Imposible retenerlos durante tanto tiempo! —opinó el médico—. ¡Son cientos de bestias rabiosas! En unas horas terminarán por echar las verjas abajo y vendrán a por todos nosotros. Pronto no habrá lugar en el barco donde esconderse...

En el silencio de la noche, unos lejanos pero escalofriantes chillidos resonaron confirmando la amenaza. En la zona inferior de popa, algunos pasajeros encerrados en sus camarotes

pedían auxilio golpeando los cristales sellados de los ojos de buey, mientras otros que habían conseguido romperlos saltaban ya desesperados a las gélidas aguas del océano, prefiriendo morir de hipotermia a ser despedazados vivos.

—¿Cuál es entonces su propuesta, capitán? —exigió Bruce Ismay una solución.

Edward John Smith cerró los ojos e inspiró la brisa marina. Ya era inevitable que el viaje inaugural del *Titanic* y el último de su carrera antes de jubilarse fuera a ser recordado como un estrepitoso fracaso. En sus manos estaba conservar la dignidad y hacer lo correcto, aunque eso supusiera sentenciar a muerte el buque insignia de la White Star Line.

—Despierten a los pasajeros de las cubiertas superiores —decidió—. Reúnanlos en el salón común y encárguense de repartir los chalecos salvavidas. Llegado el momento arriaremos los botes con las personas sanas. No habrá sitio para todos, lo sé —se lamentó profundamente—. Caballeros, jamás pensé que diría esto, pero —respiró hondo— vamos a hundir el *Titanic*.

—¡No hablará en serio! —se escandalizó el jefe de la naviera llevándose las manos a la cabeza—. ¿Perder esta maravilla, una ciudad flotante que ha costado dos millones de libras?

—El sacrificio es estrictamente necesario —aseguró el capitán—. El buque descansará en paz en las profundidades. Una digna sepultura para los enfermos y para mí mismo.

—Sí, sí, le honra su lealtad al cargo, pero por favor, ¡estamos hablando del Insumergible! ¡«Ni Dios puede hundirlo»! —recordó la famosa frase con que su compañía había publicitado la travesía—. Dígame, ¿cómo pretende hacerlo naufragar?

Aquella noche despejada y sin luna, gigantescos bloques de hielo a la deriva despuntaban en el horizonte marino. Uno de ellos a cuatro millas de distancia.

—Chocaremos contra ese iceberg —señaló Smith—. Sin tiempo que perder. Timonel, vire a estribor y diríjase hacia él.

Ni el aludido ni los oficiales movieron un dedo, petrificados ante una decisión tan radical. Únicamente el doctor O'Loughlin apoyó la valentía de cortar por lo sano.

—¡Timonel, repito que vire a estribor! ¡Es una orden!

El oficial William Murdoch arrebató el timón al indeciso marinero para cumplir él mismo con el mandato del capitán. El buque escoró lentamente y puso rumbo a la colosal masa de hielo.

—Pero, capitán —intervino nervioso el segundo de a bordo—, ¿no deberíamos evacuar primero el barco?

—Negativo, Wilde. Nos prepararemos para el impacto aprovechando que los motores siguen en marcha. Solo Dios sabe cuánto tiempo aguantarán los operarios en la sala de máquinas.

Abajo, en el infierno, los tiznados fogoneros ya se veían obligados a repeler el ataque de sus rabiosos compañeros. Las palas que empleaban para alimentar los hornos de carbón, tuvieron que utilizarlas para partir espaldas y romper dentaduras, transportando además a los infectados en carretillas con el fin de arrojarlos después a las gigantescas calderas para que se achicharraran. Aun así, el esfuerzo resultó en vano. El número y, sobre todo, la virulencia de los enfermos de rabia terminaron por ganar la batalla a los acorralados fogoneros, quienes poco a poco fueron sucumbiendo para convertirse en uno de ellos.

El capitán Smith en persona entró en la sala Marconi para entregar al radiotelegrafista el mensaje de auxilio. A Jack Philips le temblaron las manos al leer la nota que debía transmitir: «Vengan a rescatarnos. Hemos chocado con un iceberg».

—¿Hemos chocado, señor? —preguntó asustado, quitándose los auriculares.

—Falta poco, Philips. Cuando suceda, envíe este aviso al *Carpathia* junto con la nueva señal S.O.S. e indique nuestra posición.

—Señor, podríamos pedir ayuda al *Californian* —sugirió—, navega a solo diez millas.

—No, no —descartó Smith la idea—. Llegaría demasiado pronto.

El capitán abandonó la cabina de comunicaciones dejando al operador con la boca abierta.

Los dos vigías, al divisar el inminente iceberg desde la cofa del mástil, hicieron sonar repetidamente la campana de alarma. Fleet además telefoneó al puente, pero la única respuesta que obtuvo fue que se metiera las manos en los bolsillos y dejara de alterar al personal.

En la sala de mandos, Bruce Ismay resolvía cómo explicar la tragedia del *Titanic* para evitar en lo posible que semejante mancha en la historia de la navegación supusiera una nefasta publicidad para su compañía. En lugar del provocado hundimiento de un barco apestado, presentarían a la opinión pública

el naufragio como un cúmulo de fatales circunstancias, revisitiéndolo de desgraciada catástrofe natural con tintes románticos y heroicos. Una historia más falsa que la cuarta chimenea.

—Diremos que una neblina nos impidió ver el iceberg —explicó los detalles— y achacaremos a un error del telegrafista que los avisos de hielo no llegaran a nuestro conocimiento. Dejaremos bien claro que la tripulación en todo momento antepuso la vida de los pasajeros a la suya propia. ¡Ah! Y que los músicos de la orquesta estuvieron tocando hasta el final —sonrió.

Un ruido ensordecedor, procedente de las alturas, envolvió de repente el barco. Los uniformados oficiales salieron a cubierta para confirmar que las chimeneas purgaban todo su vapor y dejaban de vomitar humo. Sin que la tripulación pudiera evitarlo, los motores se pararon, las hélices se detuvieron y el *Titanic* terminó frenando frente al bloque de hielo.

Jamás llegaron a rozarse. Aquella madrugada del 15 de abril no hubo colisión.

Las desatendidas calderas habían dejado de generar electricidad, siendo su última consecuencia un breve parpadeo de las luces del buque y su posterior apagón. Para angustia de los viajeros, el *Titanic* se sumió en la oscuridad. Las bengalas a modo de fuegos artificiales apenas aportaron un pequeño y fugaz resplandor en la inmensidad del océano.

El 17 de abril de 1912, tal como estaba previsto, el *Titanic* hizo su entrada en Nueva York. La Estatua de la Libertad fue testigo de la llegada del lujoso transatlántico, que se dirigía al puerto sin demostrar demasiada actividad interior.

Las comunicaciones telegráficas con el insumergible se habían interrumpido bruscamente la madrugada del lunes, y aunque se volvieron a recuperar esa misma tarde, los mensajes enviados a partir de entonces fueron confusos e incoherentes. O el aparato de radio había sufrido una avería, o quien lo utilizaba era un mono juguetero sin dominio del código morse. Además, las embarcaciones que se cruzaron en alta mar con el buque, tampoco obtuvieron respuesta a las insistentes señales luminosas. Todos estos hechos, lejos de desatar una grave inquietud en la ciudadanía, sirvieron para crear una mayor expectación la jornada en que el *Titanic* debía atracar en Norteamérica. Así, el día señalado, miles de personas abarrotaron el muelle 54, agitando sus gorras y los banderines rojos con estrella blanca de la naviera para celebrar la llegada del «barco de los sueños». Entre el hervidero de gente, desde primera fila,

varios reporteros y un cinematógrafo inmortalizaban en imágenes el histórico momento.

A bordo del transatlántico, sin embargo, los pasajeros que se asomaban en cubiertas y ventanas no mostraban ninguna efusividad. Desde la distancia los neoyorkinos no podían apreciarlo, pero los recién llegados examinaban aquel bullicioso enjambre con pupilas dilatadas, lengua descolgada y saliva escurriendo por las comisuras. Si alguna de las damas con chalecos salvavidas y sombreros imposibles devolvió el saludo con la mano, fue por inconsciente imitación de lo que estaba viendo.

La maniobra de fondeo del *Titanic* se desarrolló de manera lamentable y chapucera. La quilla de acero rasgó la madera del muelle y, al parecer, quienquiera que gobernara el barco no tenía intención de echar el ancla. Gracias a la pericia de los trabajadores del puerto consiguieron por fin amarrar el buque a tierra firme.

En medio de una gran expectación, se acercaron a babor las pasarelas de desembarque.

—¡No lo hagan! —gritó una voz masculina desde su elevada posición—. ¡No dejen bajar a nadie! ¡Tienen la rabia!

Demacrado y envuelto en una manta, el doctor O'Loughlin revelaba su escondite. Asomado en la cofa del gigantesco mástil, agitaba los brazos en un desesperado intento de hacerse oír.

—¡La rabia! —chillaba histérico, sin importarle ya que el resto del pasaje descubriera al único no infectado—. ¡Tienen la rabia!

Sus aspavientos fueron recibidos con más aplausos por la multitud. Imposible oír sus advertencias con la algarabía y el optimismo que se respiraban en el muelle.

El público estalló en carcajadas cuando las puertas de embarque se abrieron y el primer pasajero que descendió del insumergible fue un gracioso pequinés. En aquel momento, periodistas y gente de a pie desconocían el nombre del simpático animal, pero *Jumbar* pasaría a la historia por cambiar el rumbo de América.